

Jiménez Losantos

(O yo que tú no lo haría,
«forastero»)

«Seguramente yo, y otros como yo, nos "quemaremos" en estos primeros lances reivindicativos, pero a la larga, como el "hecho vivo de Cataluña" ha subsistido, el hecho de la cultura en castellano en Cataluña, subsistirá. Porque tenemos derecho y, sobre todo, porque tenemos razón.»

Con estas palabras acababa Federico Jiménez Losantos su libro «Lo que queda de España», en la primavera del 79, un título que removió las quietas aguas culturales del posfranquismo poniendo sobre el tapete el cruel tema de la discriminación de «els altres catalans» y de sus culturas en Cataluña.

Desde la aparición de «Lo que queda de España» hasta el secuestro y atentado terrorista del que fue víctima Jiménez Losantos, anteayer, en un descampado de Esplugas, no han pasado dos años. Entre medias, el 12 de marzo, «un periódico de Madrid» — así llaman en Barcelona a DIARIO 16 — publicaba un «Manifiesto por la igualdad de derechos lingüísticos en Cataluña», rubricado por 2.300 firmas encabezadas por las de Amando de Miguel, catedrático; Carlos Sahagún, Premio Nacional de Poesía 1980, y Federico Jiménez Losantos.

El «Manifiesto de los 2.300», los hechos han venido a confirmarlo, era un grito desesperado, representativo de cientos de miles de personas que asentadas en Cataluña y amándola sentían en su carne, a través de «anécdotas» más o menos significativas, la imposibilidad de convivir en aquella comunidad.

La respuesta que recibió el manifiesto fue la intolerancia de los políticos catalanes — desde la ceguera despreciativa de Heribert Barrera hasta la miopía pueblerina de la Generalidad — y el excepticismo tan desencantado como corrosivo de algunos eruditos e intelectuales a la violeta, compañeros de viaje encubiertos de los fascistas del mañana.

Desgraciadamente, son gestos como el del presidente del Parlamento catalán y el de determinados colegas de la prensa, de Barcelona y de fuera de Barcelona, los que alientan el fanatismo de seres incapacitados para vivir en democracia como los integrantes del comando «Terra Lliure», que al disparar sobre Jiménez Losantos, un intelectual progresista de la nueva España, han golpeado sobre las sangrantes entrañas de nuestra convivencia.

Este atentado, que recuerda en su ejecución y difusión a los que han llevado la marca de ETA (p-m), no es sino un atentado contra las culturas de los pueblos de España, porque al poner el esparadrapo sobre los labios de cualquiera de ellas se están amordazando los derechos de todas con las maneras aprendidas en las mejores aulas del franquismo, cuando no del nazismo.

Hace algunos años se decía que nadie era forastero en Barcelona, que nadie era forastero en Cataluña. Hoy, no. Hoy ya se ha iniciado el éxodo de aquellos que pisaron un día aquella tierra como prometida. Tienen que marcharse como «extranjeros».

... Y yo que tú no lo diría muy alto, «forastero».